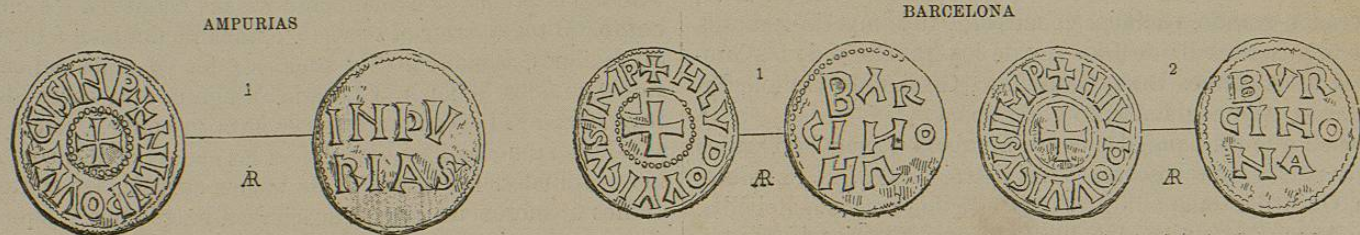


puediendo hacerse vasallos inmediatos, ó del rey, ó de los condes, ó de sus mismos compatriotas propietarios, vivían entre sí ligados con costumbres y leyes particulares.

Por una coincidencia singular dos acaecimientos importantes y parecidos se verificaron en la España árabe y en el imperio cristiano de Occidente durante la tregua de que hemos hablado entre cristianos y musulmanes. El emperador Cárlo-Magno, sintiendo sus fuerzas debilitadas por la edad, llamó cerca de sí á su hijo Luis, y ante una asamblea de obispos, abades, duques, condes y sus lugartenientes, reunidos en su palacio de Aquisgran, pacífica y honestamente, dice la crónica, preguntó á todos si serían gustosos en que trasmitiese el título de emperador á su hijo Luis. A lo cual contestaron unánimemente que tal pensamiento debía ser inspirado por Dios. Con que quedó Luis, rey de Aquitania, reconocido emperador de Occidente, como lo había sido su padre. Por el mismo tiempo, conociendo Alhakem que su hijo Abderrahman, aunque joven, pues solo contaba sobre veintidos años, era ya la gloria del Estado y el alma del gobierno, convocó á todos los walfes, vazires, alcaides y consejeros, y á presencia de todos, segun costumbre, le declaró walf alahdi ó futuro sucesor del imperio, jurándole en seguida los primeros sus primos Esfah y Cassim, hijos de Abdallah, despues el hagib ó primer ministro, el cadí de los cadíes, continuando los demás walfes y funcionarios, siendo celebrado aquel día con grandes y solemnes regocijos.

Ocurrió al año siguiente (28 de enero de 814) la muerte del



LUIS EL PIADOSO

ba, pasando la vida en sus jardines entre mujeres y esclavas, entregado de lleno á los placeres sensuales, sin miramiento á las prácticas religiosas de los buenos musulmes, no se acordaba de que era rey sino para exigir tributos, y para satisfacer, dice la crónica, cierta sed de sangre que parece tenia, pasándose pocos días sin dar ó confirmar alguna sentencia de muerte. Atribuyósele haber introducido en España el uso de los eunucos, de los cuales tenia muchos dentro del alcázar. Había creado y le rodeaba una guardia de cinco mil hombres, los tres mil andaluces muzárabes, y los dos mil esclavos, á los cuales asignó sueldo fijo, imponiendo para ello un nuevo derecho de entrada sobre varias mercancías. Su vida muelle y licenciosa tenia disgustados á todos los buenos musulmanes, y su despotismo irritaba al pueblo.

Un día negáronse algunos á pagar el nuevo tributo, y atropellaron á los recaudadores. Siguióse conmocion y alboroto en las puertas. Diez de los trasgresores fueron presos. Alhakem halló ocasion de satisfacer sus instintos sanguinarios, y mandó empalar á los diez delinquentes á la orilla del río. Acudió á presenciar la ejecucion gran muchedumbre de pueblo, especialmente del arrabal de Mediodía, y como acaeciese que un soldado de la guardia hiriera por casualidad á un vecino, alborotóse la multitud, y cargó sobre él á pedradas; herido y ensangrentado se acogió á la guardia de la ciudad, pero la muchedumbre desenfrenada persiguió á los soldados hasta el mismo alcázar con gran grita y con amenazas insolentes. Alhakem, ardiendo en cólera, sin escuchar los templanos consejos de su hijo, del hagib, y de otros caudillos, salió de su alcázar, y puesto á la cabeza de sus mercenarios cargó bruscamente á la muchedumbre, que huyó al arrabal y se encerró en las casas. Muchos habían caído atravesados por las lanzas de los esclavos. Sobre unos trescientos que cayeron prisioneros fueron clavados vivos en estacas y colocados en hilera á lo largo del río desde el puente hasta las últimas almazaras ó molinos de aceite. A tan bárbara ejecucion siguió

emperador Cárlo-Magno en Aix-la-Chapelle (Aquisgran), á los setenta y dos años de edad, el cuarenta y siete de su reinado como rey de los francos, el treinta y seis de la fundacion del reino de Aquitania, y el catorce del imperio. La muerte de este ilustre personaje, que tanto y por tantos años había influido en los destinos de Europa, no podía menos de hacerse sentir en nuestra España, si bien al pronto su hijo y sucesor Luis alteró muy poco la antigua constitucion del imperio. Mas en el año 817 hizo la famosa particion del imperio franco entre los tres nietos de Cárlo-Magno, Lotario, Pepino y Luis. Lotario fué asociado al título y á la potestad del emperador: á Pepino le fué adjudicada la Aquitania propiamente dicha, la Vasconia, la Marca de Tolosa, el condado de Carasona, en la Septimania, el condado de Autun en Borgoña, Avalon y Nevers. La Marca de España y la Septimania fueron segregadas del antiguo reino aquitano, y erigidas en ducado, cuya capital se hizo á Barcelona, bajo la dependencia directa del imperio de Luis y del mayor de sus hijos, reconocido heredero de la dignidad imperial, y admitido á llevar su título provisionalmente.

Parece que en 815 se había roto la paz entre árabes y francos, pero momentáneamente y sin grandes consecuencias; pues Abderrahman, que había vuelto á tomar el gobierno de las fronteras orientales, la solicitó de nuevo del emperador Luis y fué prorogada por otros tres años.

Nadie gozaba mas de ella que Alhakem. Desprendido de todo cuidado del gobierno, encerrado en su alcázar de Córdo-

una orden para que fuese demolido el arrabal, y por espacio de tres días se permitió á la soldadesca cometer á mansalva todo género de desmanes, salvo la violacion de las mujeres que se les prohibió. Al cuarto día mandó el emir quitar de los maderos á los infelices ajusticiados, y otorgó seguridad de la vida á los que habían podido escapar con ella, pero desterrándolos de Córdo y su territorio. Abandonaron, pues, aquellos desventurados, no ya sus hogares, sino las cenizas de ellos, único que había quedado. Muchos anduvieron errantes por las aldeas de la comarca de Toledo, hasta que por compasion les abrieron las puertas de la ciudad. Mas de quince mil pasaron con sus familias á Berbería, de las cuales ocho mil se quedaron en Magreb, y los restantes continuaron su marcha hasta Egipto (1).

(1) Digna es de saberse la suerte que corrieron los desgraciados proscritos del arrabal de Córdo. A los que se quedaron en Magreb les concedió el emir Edris ben Edris un asilo en su nueva ciudad de Fez, y el barrio que se les dió á habitar se llamó el *Cuartel de los Andaluces*. Menos afortunados los que prosiguieron á Egipto, les negó el gobernador de Alejandría la entrada en la ciudad, pero cansados ya y desesperados de tantas contrariedades é infortunios, penetraron á viva fuerza, y despues de hacer gran mortandad se apoderaron de ella y de su gobierno. Habiendo luego acudido Abdalá ben Taher, walf de Egipto por el califa abassida Almamun, capituló con los cordobeses, accediendo estos á dejar la ciudad mediante una suma considerable de oro, y á condicion de dejarles libres los puertos de Egipto y de Siria hasta que eligiesen una isla en que establecieran. Salieron, pues, los desterrados andaluces de Alejandría, y armándose de naves con el dinero que habían recibido, corrieron como piratas el mar y las islas de Grecia, hasta que al fin se asentaron en Creta, que hallaron poco poblada, y cuyo clima y fertilidad les agradó. Gobernábalos Omar ben Xoaib, natural de las cercanías de Córdo, á quien desde el principio habían nombrado su caudillo. La parte de la isla que eligieron para su morada fué donde hoy se levanta Candía. Poco á poco se hicieron dueños hasta de veintinueve ciudades, convirtieron en mezquitas los templos cristianos, y propagaron allí el mahometismo. Rechazaron varias expediciones que contra ellos fueron enviadas, y así

En mas de veinte mil hombres útiles disminuyó Alhakem con tan rudo golpe la poblacion de Córdo. El grande arrabal quedó convertido en campo de siembra, y se prohibió edificar en él. Y el sanguinario emir, que en el principio de su reinado se apellidaba *Al Morthadi* (el Afable), fué despues llamado *Al Rabdi* (el del Arrabal), y *Abul Assy* (el Padre del mal), de que los cristianos hicieron Abulaz.

Desde este tiempo pocos sucesos notables ocurrieron en el imperio, como no fuesen las ordinarias correrías á las fronteras de Galicia y de Afranc, en que Abderrahman logró algunos parciales triunfos, y las expediciones marítimas que entonces ocupaban á los árabes á las islas de Cerdeña, de Córcega y Baleares, donde se señalaban por sus devastaciones, pero que mostraban el desarrollo que desde Abderrahman I había tomado la marina del pueblo musulman.

Por empedernido y sanguinario que fuese el corazon de Alhakem, la matanza del arrabal de Córdo había sido tan espantosamente terrible, que sus recuerdos le hicieron caer en una hipocondría febril que le consumía el cuerpo y le alteraba la razon. Paseábase solo y como espantado de sí mismo por los salones y azoteas del alcázar; en aquellos paseos solitarios representábasele la matanza, y pareciale ver y oír la gente que combatía, el ruido y chocar de las armas y los ayes de los moribundos. A deshora de la noche solía llamar á su palacio á los caudillos y jeques de las tribus, como para encomendarles la ejecucion de algun gran proyecto, y cuando los tenia reunidos hacia cantar á sus esclavas ó danzar delante de ellos sus bailarinas, y seguidamente los mandaba retirarse á sus casas. Cuéntanse de él muchos actos de verdadera demencia. A veces exhalaba su melancolía y sus impetuosos instintos en cantos poéticos de fogosa y vehemente expresion. Pero la fiebre le iba consumiendo; y al fin un jueves, cuatro días por andar de la luna dyhagia del año 206 de la hegira (25 de mayo de 822) murió el cruel Omniada, arrepentido de su crueldad, dicen sus crónicas, despues de un reinado de veintiseis años.

Alfonso de Asturias, que desde su advenimiento al trono había mostrado á los árabes que el cetro cristiano se hallaba en manos harto mas hábiles y fuertes que las de sus cuatro antecesores; Alfonso, que desde la victoria de Lutos había pasado dos veces el pendon de la fe hasta los muros de Lisboa (1); Alfonso, que desde las montañas de Galicia había sabido hacer frente y frustrar todos los esfuerzos del imperio musulman; que había con su denuedo y su constancia desesperado á Alhakem, al joven é intrépido Abderrahman, á sus mejores caudillos Abdallah y Abdelkerim; Alfonso II, que como guerrero había hecho revivir los tiempos de Pelayo y del primer Alfonso, y pactado ya con el emir de Córdo como de poder á poder, dedicábase en los periodos de paz á fomentar la religion como príncipe cristiano, y á regularizar y mejorar el gobierno de su Estado como rey. Oviedo se embellecía y agrandaba con nuevos edificios públicos, casas, palacios, baños, acueductos, ya de sólida y regular arquitectura. La iglesia del Salvador, fundada por su padre Fruela, se reedificaba y convertía en grandiosa basílica episcopal, con doce altares dedicados á los doce apóstoles. Asistian á su solemne consagracion todos los obispos que el peligro y la fe tenían refugiados en Asturias, y un noble godo, Adulfo, fué el primer prelado que tuvo la honra de ser designado y puesto por el piadoso monarca para regir la primera catedral de la restauracion, á la cual dotó el magnánimo rey con nuevas rentas, hizo y confirmó donaciones, y otorgó y ratificó privilegios (2).

se mantuvieron por espacio de 138 años hasta el 961, en que fué vencido su gobernador Abdelaziz ben Omar, y conquistada Creta por Armetas, hijo del emperador griego Constantino. Hist. del Bajo Imperio.—Cónde, cap. 36.

(1) En 797 y 808.

(2) Interesantes son las dos actas ó escrituras de fundacion y donacion expedidas por Alfonso el Casto, ambas en 812, que originales se conservan en el archivo de la catedral de Oviedo, y su libro de Testamentos, y cuya copia inserta el P. Risco en el tomo 37 de la España Sagrada. La primera empieza: *Fons vita: oh lux, autor luminis, etc.* La segunda: *In*

Tomo I

El pequeño templo dedicado á San Miguel, y enclavado entonces en el palacio como capilla doméstica, y que hoy subsiste con el nombre de Cámara Santa, donde se custodian las reliquias de la catedral; el monasterio de San Pelayo, las iglesias de San Tirso, de San Julian, de Santa María del rey Casto, son monumentos que viven todavía en la capital de Asturias y recuerdan la piedad del ilustre hijo de Fruela.

Deseoso el rey de adornar la basílica del Salvador con una rica ofrenda, había reunido grande cantidad de oro y joyas con intento de hacer labrar una preciosa cruz. Inquieto y apesadumbrado andaba por no hallar en sus Estados artista bastante hábil para poder ejecutar tan piadosa obra, cuando repentinamente al salir un día de misa (dicen las crónicas y las leyendas), se le aparecieron dos desconocidos en traje de peregrinos que le habían adivinado su pensamiento y se ofrecieron á realizarlo. Al instante los llevó Alfonso á un aposento retirado de su palacio. A poco tiempo, habiendo ido algunos palaciegos á examinar el estado en que los artifices llevaban su trabajo, sorprendiéronlos dos prodigios á un tiempo. Los peregrinos habían desaparecido: una cruz maravillosamente elaborada, suspendida en el aire, despedía vivos resplandores.

Aquellos peregrinos eran dos ángeles, dijo el pueblo cristiano, y así se lo persuadió su fe; y la preciosa cruz de Alfonso el Casto, revestida de planchas de oro y piedras preciosas, que hoy se venera todavía en la basílica de Oviedo, sigue llamándose *la Cruz de los Angeles* (3).

Otro prodigio, que como milagroso refieren tambien los devotos cronistas de la edad media, señaló el reinado del segundo Alfonso. Cerca de ocho siglos hacia, dicen, que el cuerpo del apóstol Santiago había sido traído de la Palestina por sus discípulos, y depositado en un lugar cerca de Iria Flavia en Galicia. Pero las continuas guerras y trastornos de aquel país habían hecho olvidar el sitio en que el sagrado depósito se guardaba, hasta que se descubrió en tiempo de Alfonso el Casto. Cuentan las crónicas haber acaecido del modo siguiente.

Varios sujetos de autoridad comunicaron á Teodomiro, obispo de Iria, haber visto diferentes noches en un bosque no distante de aquella ciudad resplandores extraños y luminarias maravillosas. Acudió en su virtud el piadoso obispo al lugar designado, y haciendo desbrozar el terreno y excavar en él, hallóse una pequeña capilla que contenía un sarcófago de mármol. No se dudó ya que era el sepulcro del santo Apóstol.

Puso el prelado el feliz descubrimiento en noticia del rey Alfonso que se hallaba en Oviedo, é inmediatamente el mo-

nomine sancte et individue Trinitatis, per infinita seculorum secula regnantis. Ego Rex Aldephonsus, indignè cognominatus Castus, etc. En la primera, despues de dar á la iglesia el átrio, acueducto, casas y otros edificios construidos en su circuito, y muchas alhajas para el culto y ornato del templo, le ofrece los llamados mancipios ó clérigos sacriantores, á saber: «Nonnelo, presbítero, Pedro, diácono, que adquirimos de Corbello y de Fafila; Secundino, clérigo, Juan, clérigo, Vicente, clérigo, hijo de Crescente; Teodulfo y Nonnito, clérigos, hijos de Rodrigo; Enneco, clérigo, que compramos de Lauro Baca, etc.» Firman este testamento el rey, tres obispos y varios abades y testigos. En la segunda, despues de confirmar el testamento y donaciones de su padre Fruela, le ofrece toda la ciudad de Oviedo que él había circundado de muro: *Offero igitur, Domine.... omnem Oveti urbem, quam muro circumdatam, te auxiliante, per egimus.... montes, tierras, prados, aguas y molinos fuera de la ciudad, con muchos ornamentos de oro, plata y otros metales, telas de seda y lino para uso de los altares, etc.* Confirman con el rey esta escritura cinco obispos y varios testigos.

¿Qué podían ser, pregunta un moderno historiador, esos sacerdotes, diáconos y clérigos que se compraban? No podían ser otra cosa, se responde á sí mismo, siguiendo la conjetura plausible de otro crítico español, que hijos ó nietos de esclavos mahometanos convertidos, que el rey manumitía y dedicaba al servicio de la Iglesia. Las historias no lo declaran y no estamos léjos de pensar como estos autores.

Tardó la catedral de Oviedo treinta años en concluirse.

(3) El primero que mencionó como milagrosa la obra de esta cruz fué el Monje de Silos, á quien siguieron despues Pelayo de Oviedo y otros cronistas.

marca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su palacio, y mandó edificar un templo en el *Campo del Apóstol* (que desde entonces, acaso de *Campus Apostoli*, se denominó *Compostela*), y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia. Posteriormente le hizo merced de una preciosa cruz de oro, copia, aunque en pequeño, de la de los Angeles de Oviedo, y empleando la buena amistad en que estaba con Cárlo-Magno, le rogó impetrase del papa Leon III el permiso para trasferir la sede episcopal de Iria á la nueva iglesia de Compostela. Hizolo así el pontífice, que con este motivo escribió una carta á los españoles.

Pronto se difundió por las naciones cristianas la noticia de la invencion del santo sepulcro y de los milagros del Apóstol, y multitud de peregrinos acudían ya á mediados del siglo XI, á visitar el santuario de Compostela (1).

Atento el monarca, no solo á los asuntos de interés religioso, sino tambien á los civiles y políticos de su reino, adicto á las costumbres y gobierno de los godos, que vivían en su memoria, restableció el orden gótico en su palacio, que organizó bajo el pié en que estaba el de Toledo antes de la conquista: promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó á la Iglesia su antigua disciplina canónica (2): que fué un gran paso hácia la reorganizacion social del reino y pueblo cristiano.

No amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio habia desplegado. En las expediciones que Abderahman II, sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulman, hizo por sí ó por sus caudillos á las fronteras de Galicia, encontráronle siempre los infieles apercebido y pronto á rechazarlos con vigor. Hácia los últimos años de su reinado un caudillo árabe, Mohammed ben Abdelgebir, que en Mérida se habia insurreccionado contra el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo, donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados (833). Correspondió mas adelante el pérfido musulman con negra ingratitude á la generosa hospitalidad que habia debido á Alfonso, y tan desleal al rey cristiano como antes lo habia sido á su propio emir, alzóse con sus numerosos parciales y apoderóse por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad (838). Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un jóven á castigar á sus ingratos huéspedes, y despues de haber recobrado el castillo que les servia de refugio, los obligó á aceptar una batalla en que pereció el traidor Mohammed con casi todos sus secuaces (3). Alfonso regresó victorioso á Oviedo por última vez.

Este fué el postrer hecho de armas del rey Casto, sin que ocurrieran otros sucesos notables hasta su muerte, acaecida en 842, á los cincuenta y dos años de reinado, y los ochenta y dos de su edad. Sus restos mortales fueron depositados en el panteon de su iglesia de Santa María. Aun se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glorioso príncipe.

Los monjes de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad á orar sobre los restos del rey Casto, y aun conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los mas celosos restauradores de su nacionalidad.

(1) Chron. Iriens.—Samp. Chron. Esp. Sagr. tom. 19. Apend.—Privilegio de donac. de la catedral de Santiago.—Hist. Compostela.—Baluz. Coleccion de cartas de los papas.—Son muy varias las opiniones acerca del año de la invencion del sagrado cuerpo. Morales y el marqués de Mondéjar suponen fuese en agosto de 835: Ferreras pretende haber acontecido en 808. Por la fecha del diploma del rey Casto, y mas aun por la circunstancia de haber intervenido Cárlo-Magno en este asunto, debió de todos modos suceder antes de 814.

(2) Chron. Albeld. n. 58.

(3) Id. Ibid.—El cronista de Salamanca, tan propenso á exagerar el número de enemigos que morían en cada encuentro, hace subir el de este combate á 50,000. Chron. n. 22.

CAPITULO IX

La España cristiana en el primer siglo de la reconquista

DE 718 Á 842

Marcha y desarrollo del reino cristiano de Asturias.—Cómo contribuyó á él cada monarca.—Bases sobre que se organizó el Estado.—Tradiciones góticas.—Orden de sucesion al trono.—Navarra.—Conducta de los navarros con los musulmanes y con los francos.—Dos ejemplos de odio á la dominacion extranjera en Navarra y en Asturias.—Marca Hispana.—Origen y carácter de la organizacion de este Estado.

Ha pasado mas de un siglo de lucha entre el pueblo invasor y el pueblo invadido. Reposemos un momento para contemplar cómo vivió en este tiempo cada una de las dos poblaciones.

¿Cuál era la vida social de ese pobre pueblo cristiano, que ó se salvó de la inundacion, ó pugnaba por recobrar su existencia? ¿Cuál era su organizacion, sus leyes, sus instituciones, sus artes, sus ejércitos? Ejércitos, artes, instituciones, leyes, todo habia perecido ahogado por las desbordadas aguas del torrente. Al abrigo de una roca, que era como el Ararat del nuevo diluvio, y entre riscos y breñas moraba un puñado de hombres, pobres náufragos, sin riquezas, sin ciudades, sin gobierno regularizado, que poseían por todo tesoro un corazon ardiente, los símbolos de su fe, y los recuerdos de una sociedad que habia desaparecido. Unidos con el doble lazo de la religion y del infortunio, estrechados con el lenguaje elocuente y fraternizador de la fe y de la desgracia, la necesidad les obliga á cobijarse en una cueva. Decretado estaba que de aquella gruta habia de salir un poder que dominara mundos que entonces no se conocían. Tambien el cristianismo nació en una gruta de Belen para desde allí derramarse con el tiempo por toda la tierra, lentamente y á fuerza de siglos y contrariedades como la monarquía española. Belen y Covadonga.... una gruta para el cristianismo naciente, otra gruta para el cristianismo perseguido; en ambas se ve una misma Providencia. Todos los grandes acontecimientos suelen semejarse en la pequeñez de sus principios.

Véanse precisados á pelear, y aquellos animosos montañeses, teniendo por ciudadela una gruta, rocas por castillos, peñascos por aríetes, y troncos de robles por lanzas, vencen, arrollan, aniquilan á los vencedores de Siria, de Persia, de Egipto, de Africa y de Guadalete, y empieza á pregonarse por el mundo que el estandarte de Mahoma ha sido por primera vez abatido en un rincon de España. En los tiempos mitológicos se hubiera creído ver realizada la fábula de los Titanes: eran tiempos cristianos, y se llamó milagro la maravilla. El vencedor como caudillo supo ser prudente como rey, y Pelayo se limitó á guardar y conservar su pequeño Estado. Ni el rey capitán, ni el pueblo soldado podían hacer otra cosa que cultivar para vivir y organizarse para defenderse. Es la sociedad cristiana que renace como una planta nueva al pié de la añosa encina derribada por el huracan. En la grosera reorganizacion de la nueva sociedad entraban como principal elemento las tradiciones y recuerdos de la sociedad que habia perecido. La razon nos enseña, aunque la historia no lo diga, cuán imperfecta tenia que ser la forma de su gobierno.

Tampoco la historia nos dice otra cosa de Favila, sucesor de Pelayo, sino que murió en una partida de caza. Una fiera le devoró, como si hubiera querido avisar á sus sucesores que mas que de distraerse en ejercicios de montería era tiempo ya de emplear el venablo contra los enemigos exteriores.

Hízolo así Alfonso I, príncipe cual convenia entonces á los cristianos, guerrero y devoto. Como guerrero, sale á enseñar á los musulmanes que los soldados del cristianismo no tienen solo fe viva en el corazon, sino tambien robustas diestras para manejar la espada: pasea el estandarte de la cruz de uno á otro confín de la Península; destruye, incendia, degüella y cautiva. Como devoto, restablece iglesias, repone obispos, y funda y dota monasterios. Muere, y el pueblo cree oír armonias celestiales sobre su tumba: son los ángeles, dice, que anuncian que las puertas de la gloria se abren para recibir á Alfonso el Católico.

CRUZ LLAMADA DE LOS ÁNGELES

Esta preciosa alhaja, regalada por el rey de Asturias Don Alfonso II el Casto á la catedral de Oviedo, se conserva actualmente en el Santuario de la misma iglesia, y como se puede ver por la adjunta lámina, está cubierta de planchas de oro, engastado en ella un buen número de piedras preciosas, y adornada con minuciosas labores de esmalte y filigrana ejecutadas con delicado esmero.

En los bordes de los cuatro brazos de dicha cruz se leen otras tantas inscripciones latinas, constanding en la de la parte superior el nombre del monarca que hizo á la catedral este religioso presente. Dice así:

Susceptum placide maneat hoc in honore Dei

Offert Adefonsus humilis servus Christi.

Dáse á esta ofrenda del piadoso monarca el nombre de *Cruz de los Angeles*, porque segun la tradicion sus artífices fueron dos mancebos desconocidos que apareciéndose al Casto rey en ocasion en que este andaba apesadumbrado por no hallar quien ejecutase una cruz de mérito con las joyas y oro de que habia despojado en Lisboa á los enemigos de la fe cristiana, brindáronse á llevar á cabo este trabajo: aceptada por el rey la proposicion, facilitó á los desconocidos un aposento del palacio, donde se encerraron ambos para dar principio á su tarea, y cuando al poco tiempo fueron algunos cortesanos á examinar el estado en que esta se hallaba, vieron con sorpresa que los artífices habian desaparecido, dejando en la estancia una cruz que despedía vivos resplandores.

El pueblo atribuyó desde entonces á los dos mancebos el carácter de enviados celestes, y en tal concepto llamó y veneró á la misteriosa cruz con el nombre que dejamos indicado.

Terminaremos esta ligera descripcion, rectificando el error padecido al estampar el título de la lámina adjunta, donde debe leerse *Alfonso II el Casto* en lugar de *Alfonso I el Católico*.